

Del caos a la literatura

CARLOS LISCANO

Écrivain

1.

Año 2007. Hace más de diez años no escribo ficción. Tal vez sea esa la causa por la que la reflexión vuelve siempre al mismo punto : cómo empecé a escribir, por qué, qué me pasaba en aquel momento. Aunque no conozco el motivo siento que, si lograra entender cómo fue que llegué a la escritura creativa, podría volver a escribir ficción.

Creo que dejé de ser quien era más o menos en 1982-83 cuando me convencí de que era escritor. No que iba a ser sino que ya lo era. Estaba en la cárcel, no había publicado nada, no tenía indicios de que algún día pudiera publicar algo, pero me convencí de que era escritor. A partir de ahí todo comenzó a tener otro significado y yo vivía, he vivido, en función de Liscano el escritor. Todo lo vivido hasta entonces tomó otro significado ; pasó a ser una especie de iniciación y lo incluí en el relato general. Eso me aliviaba porque le daba un sentido a la experiencia pasada. Como ironía, a ese pasado le llamaba mi « educación sentimental ».

Para Joan Corominas (*Diccionario crítico etimológico*) , « delirar » viene del latín *delirare*, « apartarse del surco ». « Delirar », según el Diccionario de la Academia de la Lengua, es « desvariar, tener perturbada la razón por una enfermedad o una pasión violenta ». En sentido figurado es « decir o hacer despropósitos o disparates ». « Delirio de grandezas », según la misma autoridad, es la « actitud de la persona que sueña con una situación o con lujos que no están a su alcance ».

Razonar sobre el delirio propio es tan absurdo como pretender hablar sobre el silencio. Razonar y delirar no se pueden conjugar a la vez. Yo intento hacerlo y entiendo que no debería. Aunque siento que si consiguiera un dibujo, por más tosco que fuera, de la experiencia vivida, podría salir del punto cero en que ahora estoy.

Sé con certeza dónde y cómo empecé a escribir. Sé qué fue lo primero que escribí con intención literaria. Recuerdo la fecha : 1º. de febrero de 1981. Lo que no sabía o no me

reconocía hasta hace poco tiempo es que, a partir del momento en que empecé a escribir, viví meses, años, de delirio. Un delirio que, buscando alivio, yo llamo literario, pero creo que era delirio a secas, en el sentido que el diccionario da a delirar. Ese delirio se ajustaba a la etimología : yo me salía del surco que la vida me había señalado, preso en una cárcel militar. En esos años yo desvariaba, tenía perturbada la razón por una pasión violenta. Además, me creía lo que no era, soñaba con una situación y con lujos que no estaban a mi alcance. Por eso todo era, también, un delirio de grandezas. Describir ese estado es lo que me gustaría.

2.

Hace veintisiete años comencé a escribir mientras estaba en un calabozo. Como no tenía con qué hacerlo, me puse a redactar una novela mental. A mí me parecía que aquella actividad era normal. O por lo menos no desentonaba con el sitio en que estaba : aislamiento, silencio, falta de luz y agua, mugre y sudor propios, ausencia de caras, de voces. Meses después, cuando salí de los calabozos y llegué a mi celda y conseguí con qué, me puse a ensayar sobre papel la novela mental.

Hacerse escritor es inventar a otro, al que se va a dedicar a escribir. Hay un individuo que lleva una vida normal, anodina o como quiera llamársele y un día, por no sé qué motivos, decide inventar a otro que va a escribir una obra. La obra será buena, regular o mala. Para el individuo lo más importante, su mayor creación, será la invención del otro, el que va a escribir la obra. A ese objetivo deberá dedicar grandes esfuerzos, mucho tiempo, inmensas ilusiones.

En el proceso de la escritura y con la aparición pública de los libros, el personaje inventado, el escritor, se hace cargo de la vida de su inventor. Al inventor le queda la tarea de resolver las cosas prácticas de la existencia para que el inventado pueda dedicarse a sus juegos ajenos a la realidad. Con frecuencia el inventor recaerá en considerar que esa actividad es poco seria, fútil, innecesaria. Ya a esa altura le será imposible cambiar nada. Será, para siempre, sirviente del otro.

En 1980 en un calabozo inventé un personaje, el otro, que iba a escribir una obra literaria. Lo que nunca me dije es que ese invento es resultado de delirar durante meses. Era un delirio privado, un poco bondadoso e inofensivo, pero era delirio, y por momentos también era exagerado, febril, de una violencia arrasadora, pero invisible para los demás porque era algo que ocurría íntimamente, entre la palabra y yo. Entonces me iba de la cárcel y del mundo, a un país poblado de objetos abstractos y absurdos, territorio de la literatura. Mientras deliraba era otro. La cosa está en que después de aquel paréntesis, vuelto a la vida fuera de la cárcel, el inventado no regresó a su sitio, a la no existencia que le correspondía como mera fantasía, resultado del desvarío a causa de una pasión violenta.

En la cárcel me había creído escritor una vez y por un rato y eso era un delirio porque yo apenas había comenzado a escribir unos papelitos y nunca había publicado nada. Luego, cuando salí, seguí en lo que estaba, sin que nadie se diera cuenta de que deliraba. Como el regreso a la sociedad después de trece años tiene algo de vida nueva, de comienzo desde cero, nadie se dio cuenta de que quien volvía no era aquel que había estado preso sino el Liscano inventado. Quienes me conocían de antes pensarían, supongo, que era una conducta rara, pequeño desajuste con la realidad a causa de tantos años de aislamiento, y que algún día yo volvería a ser quien había sido. Quienes no me conocían no tenían modo de comparar con la imagen anterior a la cárcel. Así, entre la tolerancia benevolente de unos y el desconocimiento de otros, el inventado conseguía hacerse un lugar en la sociedad y confirmar su existencia.

En la cárcel pude haberme creído santo o profeta y delirar a partir de esa definición, adoptar una conducta acorde, una pose, un modo de vivir. Yo me declaré escritor y deliré durante casi cinco años con esa nueva vida. Quizá lo que provocó la aceptación de mi delirio, además de la buena voluntad de los compañeros, fue que el trato con quien se cree santo o profeta se vuelve incómodo y el delirante de escritor molesta menos. No lo sé. Sí sé que yo, cuando volví a la sociedad, estaba convencido de que era escritor y que por eso debía dedicarme a escribir y a ninguna otra cosa.

Y así fue. Salí el 14 de marzo de 1985. El 15 me preguntaron qué necesitaba. Yo necesitaba todo, ropa, zapatos, trabajo, afecto. Por sobre todo necesitaba afecto, pero pedí una máquina de escribir. El 16 apareció la máquina. El 17 me levanté a las cinco de la mañana, como todos los días en la cárcel. Prendí la radio y me hice el desayuno (las dos cosas por primera vez en trece años) y me puse a pasar en limpio mis papeles. En ese momento el otro se instaló en el mundo. Ya no se le podía decir que no existía, que solo era una fantasía de preso. Frente a la máquina de escribir él demostraba su existencia. Si uno es lo que hace, entonces el individuo escribiendo daba fe de que era escritor.

En la cárcel había un lugar, una « casa », aislada de todo y de todos los demás, donde metían a los presos que eran castigados. En 1980 me tocó estar meses allí, castigado, en un calabozo. En condiciones de aislamiento duro el delirio es inevitable. En el delirio habita la tentación de la locura, que atrae como casi ninguna otra cosa en este mundo. En aquel lugar de castigo, al que con justicia llamaban « La isla », el individuo regresaba a una soledad sin límites. Para poder controlar mi delirio de dieciséis horas por día me pareció que podía escribir una novela mental. De inmediato me puse a la tarea. Entonces el delirio se hizo inmenso, poderoso, inabarcable. Pero era un delirio que yo controlaba. O que me parecía que podía controlar. Meses estuve escribiendo mi novela mental. Los carceleros de La isla que me llevaban la comida me veían a mí, el de todas las horas, y eso los tranquilizaba. No veían al otro, al que mi delirio estaba inventando, ni se daban cuenta del diálogo intenso que transcurría en el calabozo.

3.

En un diario literario que escribí en la cárcel entre mayo de 1982 y junio de 1984, yo hablaba de « mi obra » como si fuera algo real y verdadero, sin discusión. Entonces ya había inventado al personaje, al escritor, y el individuo había empezado a actuar por su cuenta, sin vergüenza ni inhibiciones. Por lo menos actuaba así en la intimidad del papel escrito, y eso era un poco menos soberbio y provocador que si lo hubiera hecho en público.

No quiero hacer de estas miserias personales una novela. Soy consciente de la imposibilidad de demostrarme y demostrar lo que me cuento. Quiero, por sobre todas las cosas, quitarle dramatismo al hecho de haber estado en la cárcel. Cuanto más tiempo le dedico a pensarlo más me abisma constatar la potencia que tiene una fantasía personal para cambiar la vida propia. En el sitio menos indicado para la creación en general y para la creación literaria en particular, un hombre de treinta años se propone escribir una obra que trascienda el simple entretenimiento de preso. Eso lo obliga a retorcer de modo feroz una existencia ya por demás extraña y débil. Lo obliga a aislarse dentro de un aislamiento duro y prolongado. Solo, sin mayor formación, sin medios intelectuales a su alcance, dedica años a indagar los fundamentos de la creación literaria. Todo eso es, creo yo, raro. Por lo menos se puede decir que es poco previsible. Pero cuando me digo que eso me pasó a mí, no puedo dejar de sentir un poco de temor. ¿ En qué mundos andaba yo volando entonces ? Porque no se trata de talento ni de capacidades especiales. Eso, si existe, se verá después, en la obra escrita. El mayor esfuerzo no fue, creo yo que no es, el dedicado a escribir sino el imaginarse a sí mismo como escritor. Y luego actuar durante mucho tiempo con constancia y disciplina de acuerdo a esa imagen, ajena a lo que uno había sido hasta ese momento.

Cuando salí de la cárcel no quería que me reconocieran como ex preso. Quería ser *escritor*, y no escritor de literatura carcelaria. No me interesaba conseguir reconocimiento por un hecho en el que yo no había tenido ningún mérito, puesto que en la cárcel solo se trata de estar, de pasar un día, una noche, y así hasta el final. Cuando en Uruguay aparecieron las primeras críticas sobre mis libros sentí con algo de tristeza que no podía escapar a las condiciones en que había empezado a escribir. La cárcel marcaba mi trabajo y eso, para mí, le restaba calidad literaria. Yo ansiaba que no tomaran en consideración mi pasado. Quería demostrar que mi obra era independiente de la cárcel. Tal vez por eso me negaba a aceptar y contar lo que todo el mundo sabía : Liscano era un invento hecho por alguien en la prisión.

La vida me fue demostrando que es imposible conseguir ser un escritor sin pasado. La crítica ha reconocido las marcas de la cárcel en muchos de mis trabajos. Un día mi negativa se ablandó y escribí *El furgón de los locos*. Ahora me doy cuenta de que todavía me falta aceptar la intensa etapa de creación del personaje que viví entre 1980 y 1985.

Aceptarla para mí, contarme cómo fue, reconstruir esos años de impostura, de delirio. Que no tuvieron nada de belleza ni ninguno de los atractivos que se supone tiene la aventura intelectual. Fueron de dureza, dolor, peligro permanente.

Creo que lo que me ha inhibido hasta hoy para hacer esa reflexión es que debo ingresar en asuntos difíciles de demostrar y, además, reconocer que esos fueron años un poco vergonzosos. Fue una explosión en mi cabeza, un sismo que me puso en la frontera de la locura. También fueron tiempos de reconstrucción. Comencé, por ejemplo, a tener un contacto con mi cuerpo de un modo que nunca antes había tenido. En 1980, en meses de mucho aislamiento, descubrí que tenía manos y que eran hermosas. No que fueran hermosas mis manos por ser mías, sino que toda mano es una belleza, un instrumento complejo y exquisito. Desde ese día tuve en el calabozo una obra de arte a mi alcance. Me miraba las manos, las giraba, las elevaba. Era, sí, tal vez, parte del delirio. Pero sé que fueron también momentos de descubrimiento y reconstrucción.

Ahora entiendo o acepto, que en la cárcel está la raíz de mi conversión en escritor. No porque los asuntos que yo trate tengan relación evidente u oculta con la cárcel, sino porque fue allí donde viví la explosión de la lengua. Una explosión que a la vez que me aniquiló me condujo a la escritura creativa. Más que eso, y es quizá lo que más me cuesta : fue en la cárcel donde acabé por encontrarle sentido a la vida, a la libertad. En la cárcel pasé mi juventud. No tuve el desarrollo afectivo e intelectual que me hubiera correspondido a partir de los veintitrés años. Allí se quemó o nunca logró crecer parte de mi sensibilidad. Nada de eso pude rescatar una vez en libertad.

Salí de la cárcel para ser escritor y ninguna otra cosa. No me quejo, pero sé que aunque yo piense y diga que « decidí ser escritor », en verdad ni elegí ni decidí. Al volverme otro hice dos cosas : me salvé de ser quien iba a ser, pero también me excluí para siempre de mí mismo. Hay días en que esto último me pesa mucho. La idea un poco ridícula de sentir que yo no soy el que debí ser y que la vida que me inventé me privó de mucho de lo mejor, los afectos, las cosas simples, la reflexión tranquila, el vivir la paz de la edad que se tiene y no estar siempre sintiendo que aún no se ha creado nada que justifique estar vivo.

4.

Intentando reflexionar sobre aquellos años entiendo, o no me parece extraño, que las religiones le asignen la potestad y propiedad de la palabra a Dios. Porque la palabra no solo comunica, une, separa, sino que también puede despegarse de la realidad, del mundo, hacer que el individuo se pierda. La palabra, su uso desvinculado de la realidad, puede ser terrible, puede ser dañina, hacer que uno no regrese nunca más al realismo que la vida necesita. Por eso la palabra es peligrosa y se vuelve culpable. Por eso hay

quienes han pensado que la palabra es de origen divino y su uso ha de ser cuidadoso. Por eso no se ha de hablar en vano, sin motivo, sin objeto.

Yo llegué a creerme todo esto. Me lo creía para mi uso personal, y cuando salí de la cárcel me molestaba que en una reunión todos hablaran a la vez sin importarles lo que decían los demás. Me molestaba lo que yo creía conversaciones banales, diálogos sin contenido, sin afectividad, el uso descuidado de la palabra.

A los pocos meses de salir de la cárcel me fui a Suecia. En Estocolmo, recién llegado, trabajé un tiempo en un hospital psiquiátrico. Un manicomio es un lugar muy parecido a la cárcel. La sociedad pone en ellos a quienes no cumplen con algunas normas aceptadas por todos y por eso deben ser quitados de circulación. Aunque mi responsabilidad en el hospital apenas consistía en servir la comida y mantener limpio el comedor, el trabajo me ponía en contacto con los pacientes. Una paciente, una mujer mayor, tenía una enfermedad que la hacía hablar sola, sin parar, seis o siete o diez horas por día. Como yo no hablaba sueco, aquel chorro que salía de la boca de la mujer era para mí algo así como el *logos* en estado puro. No entendía lo que decía, pero me daba cuenta de que su voz creaba un mundo, el sitio donde la mujer vivía, y que ese mundo era para ella tan real y verdadero como el mío era para mí.

El hecho, con ser tan triste, se transformaba en espectáculo cuando uno se había acostumbrado a verla hablando todos los días en su silla, en el corredor. La mujer hablaba y yo la miraba, la escuchaba sin entender. No entendía porque no conocía el idioma, pero sabía que si hubiéramos tenido la misma lengua, si hubiera entendido las palabras que decía, igual no habría comprendido sus conflictos, sus contradicciones, las razones de las largas discusiones que ella sostenía todos los días. Ese mundo de palabras, de sus palabras, era suficiente para la mujer. No me veía aunque yo me le pusiera delante, muy cerca. Porque no me necesitaba. O sí, me necesitaba, pero solamente para cosas prácticas. Yo podía darle de comer, ayudarla a caminar, impedir que se hiciera daño. Yo la acompañaba en las servidumbres de este mundo, donde ella sólo tenía su cuerpo.

Algo así me pasaba a mí en los años de delirio literario. Vivía en un mundo donde la palabra dominaba todo, pero no eran palabras que me relacionaran con quienes estaban conmigo ni con la vida de la cárcel. Eran palabras que me llegaban desde otra parte, de no sé dónde, a las que yo dedicaba el día y hasta parte de la noche. Llegué a tener imágenes hermosas y terribles de la palabra.

A la vez, la visión de la paciente de Estocolmo me llevaba de vuelta a la cárcel en otro sentido. La paciente no estaba entre nosotros. Conseguía irse del hospital, pero eso no la hacía feliz ni le daba paz. Donde ella estaba la existencia era por lo menos igual de dura que en nuestro mundo real. El tono de voz, la cara, el cuerpo, mostraban que estaba sufriendo. Eso me recordaba que mis años de transformación fueron también de sufrimiento, aunque todavía hoy me resulte difícil entender por qué. No era un sufri-

miento relacionado con la cárcel sino otro, causado por la intensidad de mi relación con la palabra.

Sentía entonces (y es esto lo que quisiera recuperar ahora) que había un lugar de donde manaban todas las palabras. Eran chorros, trombas de palabras que me llegaban. Recuerdo que por momentos no me preocupaban las palabras sino tratar de averiguar de qué sitio venían. Tenía la sensación muy nítida de que había un lugar donde estaban las palabras, donde existían al margen del individuo. Tenían su territorio, vida propia. Yo no iba a buscarlas, ellas venían a mí, por su propio impulso, a obligarme a escribirlas. Lo único que uno podía hacer era pensarlas, no tratar de comprenderlas ni intentar dominarlas. Como la potestad de la palabra no es humana sino que tiene otro origen, yo solo podía pensar algunas, nunca todas. Mucho menos podía escribirlas, porque eran demasiadas, porque yo no tenía una herramienta intelectual que me permitiera atraparlas sobre el papel. Si lograba escribirlas, enseguida me daba cuenta de que no eran las que me habían llegado. La pobreza del resultado me entristecía. Nadie, ni yo que las había escrito, era capaz de ver allí siquiera la imagen borrosa de la maravilla que desplegaban las palabras en movimiento.

La capacidad de nombrarlo todo no es humana. Aunque dice la literatura que hubo quienes lo consiguieron. Pero entonces dejaron de ser comprendidos. Nombraron todas las cosas, pero para sí mismos, porque ya no hablaban con nadie. Usaban la palabra para hablar de y con las palabras, no de la realidad ni para comunicarse con otros. Tal vez alcanzaron una forma de liberación que nunca nos será dado conocer. El precio que pagaron por alcanzarla fue la incomunicación, la soledad sin retorno, el encierro en el universo que ellos mismos crearon.

Eso estuvo a punto de pasarme a mí, o por momentos me pasó, en aquellos años. El diálogo con el otro que yo estaba en proceso de inventar, aquella conversación permanente, autosostenida, autorreferenciada, era similar a la de la paciente que años después conocí en Estocolmo. Era una actividad mental con palabras que tenía como asunto las propias palabras y no el mundo, la vida, la cárcel.

En esos momentos la lengua puede ser ajena a la realidad, a los estados de ánimo, a la sintaxis. Es un tumulto de palabras que se atropellan por ser dichas o escritas, palabras que no se proponen nombrar, que carecen de referentes en la realidad, en los sentimientos, que ni siquiera son fantasías. La única forma que uno encuentra de fijarlas es a través de imágenes. Yo pienso : era un chorro, era una tromba, era una lava, y no es verdad, de ningún modo. Era algo que había estallado en algún sitio, se había roto un dique y todo se escapaba, dejaba su orden. O, de otro modo, yo intuía que el caos primigenio del que hablan las religiones y la cosmología estaba hecho de palabras. O que en algún momento, en el origen, había habido un estallido de la lengua. La violencia del inicio seguía en el universo y eso era el torbellino que me llegaba.

Pero, me pregunto hoy, ¿no es la poesía el intento siempre fracasado de comunicar lo incomunicable? El dar a la «caza alcance» que dice San Juan de la Cruz, ¿no es testimonio de quien logró asir lo inasible? No sabemos qué es alcanzar la caza, pero íntima y profundamente comprendemos. Digo esto no con la pretensión vana de incorporar a San Juan de la Cruz a una historia mínima como la que estoy contando, sino porque recuerdo que en algunos momentos yo despegaba de la realidad e ingresaba a una especie de misticismo que, por no ser religioso, llamo laico. Laico es palabra pobre para atrapar la belleza del instante, el sentimiento de que el cuerpo propio lograba un vínculo sin intermediaciones con la naturaleza, la puesta de sol, el campo que nos rodeaba, la niebla de las mañanas. Allí quise muchas veces hundirme y desaparecer, dejar de ser yo y disolverme en el Todo.

Los instantes de delirio, de escape, tenían entre los presos un nombre muy gráfico : estar «volado», la misma o similar que se usa para describir a quien está drogado. Yo, entonces, estaba volado. Eso no me daba felicidad, pero sí una especie de lucidez, de comprensión inefable. Le daba sentido a la existencia por más que la mía debiera transcurrir en una celda.

5.

Esta relación con las palabras que yo vivía, por momentos me provocaba una obsesión con la boca, con la mía y con la boca de quienes me hablaban o yo veía hablar. Sentía que no se debía abrir la boca porque aquello aumentaba el desorden, y yo me había impuesto la obligación de seguir el recorrido de todas las palabras. Cada palabra dicha ingresaba al mundo, aumentaba el volumen del chorro que me llegaba. A mí me parecía que éramos irresponsables con la palabra y lo único que yo podía hacer para no colaborar con el caos era quedarme callado. Pero los prolongados silencios a que me sometía no eran pacíficos, porque en el silencio el chorro cobraba más fuerza. No hablaba ni me movía porque creía que el silencio y la inmovilidad me permitirían arribar al centro del torbellino, donde residían la paz y el orden que necesitaba para meditar. Para llegar allí debía antes organizar las palabras, que no cesaban de llegarme. Tarea de nunca acabar. Iba a necesitar muchos años para organizarlo todo. Así volvía la inquietud, la sensación de fracaso, el dolor sin salida.

En esos años escribí una historia que una vez en libertad tomó forma definitiva. Se llama «El charlatán». Siendo niño el charlatán quiere controlar las palabras, las propias, y no lo consigue. Un día cree ver que tiene a alguien dentro que lo obliga a hablar y empieza la lucha por tratar de deshacerse del intruso. Eso me llevó a la imagen del ventrílocuo. Hacerse escritor es un arte de ventriloquía. Es inventar una voz que, en principio, puede llegar a contarle todo. Nunca lo consigue, pero, una vez encontrada, la voz asegura la creación de la obra literaria. La escritura es el trabajo de la voz otra, de

la voz ajena. La pregunta entonces se formula sola, ¿quién de los dos se expresa ahora, cuando el escritor que yo soy no puede escribir, el individuo o la voz inventada ?

La literatura, la escritura, hizo que el viaje que yo había iniciado al reino del delirio, se encauzara. Me até al poste para poder soportar la tentación de lo desconocido amenazante. Porque si no hubiera encontrado un cauce, el orden que exige la escritura, de izquierda a derecha, de arriba abajo, me habría quedado perdido para siempre en el universo fascinante y peligroso del caos. Entendía que solo escribiendo algo reconocible, una novela, un cuento, un poema, podía organizar la experiencia y eso me permitiría escapar del caos. De lo que no tenía noción era de que para conseguirlo iba a inventarme otro. El que escribía ya no era el que yo había sido hasta ese momento. Escribir me generó dudas e inseguridades que nunca había tenido. Lo que yo hasta entonces había creído firme, arraigado, comenzó a moverse. Empecé a ver el mundo desde la literatura y esa nueva visión me llenó la existencia de matices que nunca antes había tomado en consideración. Es posible que fuera entonces que dejé de interesarme por la política como militante. El militante debe no solo creer sino también tener fe. Creer en aquello que conoce y de lo que, por conocer, está convencido ; y también tener fe en el partido, en su organización, en cosas que no conoce, pero supone que otros, sus compañeros, sí conocen. La escritura creativa pone todo patas arriba, obliga a investigar los rincones de la lengua, a prestar atención a lo no racional, a lo inexplicable del ser humano. Enseña a desmontar el relato y a encontrar sus técnicas, sus incoherencias, sus vacíos. La escritura llena al individuo de inseguridades acerca de todo lo que se dice y escribe. La vida y el relato de la vida van por caminos diferentes. A ningún relato se le puede creer total, definitivamente, darlo por verdadero, sin pasarlo antes por la criba de la consistencia. Como ciudadano se puede aceptar un relato como verosímil y razonable. Tener fe es darle al relato lo que nunca tendrá : carácter de definitivo, consistencia demostrable. La fe es condición para la militancia política.

Cuando me propuse dejar por escrito las imágenes y sensaciones del delirio siempre fracasé. Me arrepiento, o no me arrepiento sino que me molesta no haberlo conseguido. Siento ahora que perdí la oportunidad de dejar testimonio de ese viaje al centro del torbellino. Escribir, hacerme escritor, me permitió, creo, salir de o encauzar el delirio. Pero la organización del delirio sobre el papel acababa empobreciendo la experiencia. Sentía la impotencia de la palabra escrita para transmitir lo que me ocurría y la inutilidad de la tarea que me proponía. Pero si no lo hacía me disparaba a otro mundo, perdía contacto con la realidad, pasaba a ser un raro, un estorbo para la pequeña sociedad que formábamos en el segundo piso del penal.

No había escapatoria : o me convertía en un delirante perpetuo, inofensivo, por lo menos al principio inofensivo, o buscaba una salida del magma de palabras. El resultado de la actividad de escribir tuvo un premio que consistió en ingresar a la escritura creativa. Por ese premio hube de pagar un precio : escribiendo nunca conseguí acercarme

a la experiencia del caos. Dejé de delirar al hacerme escritor u organicé el delirio en una conducta aceptable para la sociedad. El delirio tomó forma y se expresó en palabra escrita. Lo único que hoy me queda del viaje es la descripción desde fuera y no el movimiento incesante del torbellino que me mantuvo días y noches en la semivigilia. Quizá si lo hubiera conseguido, poner sobre papel mi delirio, eso no sería literatura, serían páginas incomprensibles y probablemente hasta ilegibles.

6.

En el período de delirio literario yo no me proponía contar nada. Lo que quería era dar fe del torbellino de palabras y de su origen. No que quedara registrado a través de historias sino dar testimonio de su existencia, como palabras en estado puro, sin relación con la realidad que nombraban. El intento que hice para dejar ese registro más o menos como lo estoy contando es un manuscrito ilegible donde la mano intentaba reproducir en el papel el susurro interminable del torbellino. A mí me cuesta leerlo hoy, y hace años que ni siquiera miro esos papeles. No solamente porque siento que carecen de calidad literaria sino porque me desestabilizan. Veo en esos papeles los meses, los años al borde de la locura y me da miedo. No puedo soportar la idea de que pude no haber vuelto nunca de ese viaje. Hoy veo que no es casualidad que esos papeles, que por su volumen constituyen un libro, tengan el título de *No hay salida*. Es que el delirio de las palabras me dejaba sin escape. Al intentar ponerlo sobre el papel se fue creando la salida. En *No hay salida* me había propuesto ponerlo todo, sin normas, sin aspiraciones estéticas. Era el chorro de las palabras sobre el papel, tal como llegaban. Como la palabra escrita ha de cumplir normas, ortográficas, gramaticales, de sintaxis, espaciales que establecen el papel y la tradición, el chorro de palabras nunca llegó a aparecer y lo que quedó fue un remedo ordenado. No obstante, ese remedo, creo yo, era el que me obligaba a tener en consideración la realidad y me reintroducía en la vida de la cárcel, donde nada se parecía a la normalidad de la sociedad.

En un mundo de aislamiento extremo el habla carece generalmente de referentes inmediatos. Hacíamos como que nombrábamos cosas, pero en verdad practicábamos un juego para mantener la sociabilidad y las formas dentro del pequeño grupo. Acaso para muchos compañeros esto que digo nunca fue cierto. Podrían decirme que lo que ellos nombraban era la realidad y que para mí no lo era porque estaba perdido en el delirio. Esa opinión sin duda coincide más con la vida que mis impresiones, y fue una actitud más necesaria para la sobrevivencia del grupo que todo lo que estoy diciendo. Pero para mí no era así, o no lo era todo el tiempo. En aquel mundo de la cárcel nada era definitivamente verdad ni mentira. A la vez a mí me parecía que lo que se decía era vano, puesto que no hablábamos de lo fundamental, que para mí eran el torbellino de palabras y su origen.

En la cárcel no había objetos comunes, un reloj, una corbata, una radio, una camisa, un diario. Tampoco manteníamos relaciones normales, de trabajo, de vecindad, de familia. En esas condiciones, la palabra no puede nombrar los objetos que no hay ni expresar los sentimientos y contradicciones que producen las relaciones normales. Entonces lo que se nombraba eran los pocos objetos que teníamos, algunos de los cuales no existían ni existen en la sociedad, y se expresaban las pobres relaciones que podíamos crear. Hablábamos de lo que no teníamos, objetos, relaciones normales, afectos hacia seres queridos que no estaban con nosotros y a quienes a veces no veíamos desde hacía años. Había una distancia cósmica entre la casi infinita capacidad de la lengua de nombrar y lo poco que de verdad podíamos nombrar y señalar con el dedo. Si nos hubiéramos atendido a una especie de principio de realidad que dijera que solo se puede decir lo que uno tiene y vive en el momento, entonces nos hubiéramos reducido casi al mutismo. Lo que nombrábamos no existía, y es en este sentido que se puede hablar de delirio generalizado : delirar es « decir o hacer despropósitos o disparates ». Era lo que hacía la paciente del hospital de Estocolmo.

La cárcel es, además, un mundo de mentira. El preso miente todo el tiempo. Miente ante el carcelero. Es un principio : nunca decir la verdad o por lo menos nunca decir toda la verdad al carcelero, aunque se trate de asuntos intrascendentes. El preso miente y actúa acorde con la mentira que ha elaborado a largo plazo o acorde con la mentira que inventa para la situación que vive en el momento. La conducta ante el carcelero nunca puede ser la misma que con los compañeros, con quienes se tienen obligaciones y responsabilidades. El carcelero no debe notar la diferencia de conductas, porque entonces reconocerá la actitud mentirosa. La mejor conducta, que exige largo tiempo de elaboración, es la de no mostrar nunca emociones ante nada ni nadie.

Luego, el preso tiene en la intimidad un relato sobre sí mismo, para sostenerse, mantener la integridad, cierta coherencia. Ese relato, en lo más hondo, es inaccesible a todo el mundo. Esto también me pasaba a mí, como a uno más del grupo. Pero en algún momento le agregué la invención del otro, el creado para encauzar el delirio. Entonces, así ¿ qué transformaciones no sufría la palabra ? ¿ Qué realidad podía yo nombrar de modo indudable y claro ? ¿Cuál de todos era yo en aquel « teatro del mundo » poblado de mentirosos a perpetuidad en un ambiente de brutalidad castrense ? Porque a los otros, al oficial, al sargento, nada se les podía creer. Ellos también actuaban y mentían ante los presos todo el tiempo. La prisión, con ser tan real por la dureza de la represión, era una pequeña sociedad de mentira. Era real y verosímil, pero no era verdadera.

La lucha contra el caos de las palabras me causaba un sufrimiento que hoy me parece exagerado. Cuando intento razonar, encontrar el motivo del sufrimiento, sé que su raíz estaba en la impotencia por no poder expresar lo que me pasaba. Yo intuía que había allí enormes territorios de libertad a conquistar y que la conquista solo dependía de mi capacidad de escribir. A la vez me daba cuenta del peligro de dejarse llevar por el caos,

el peligro de perder el autocontrol y no poder regresar nunca más. En esa lucha estaba el origen del sufrimiento. Si aceptaba la tentación del caos, accedería a un universo ilimitado, autosuficiente y fuera del alcance de la represión, de la realidad desquiciante, de la falta de libertad, de la falta de objetos, de la falta de los afectos más queridos y necesarios. Pero algo me decía que esa no era la solución. Que aceptar la tentación conducía a la triste locura, al suicidio intelectual, o al suicidio a secas.

En los instantes más intensos yo vivía en estado de entusiasmo ilimitado. Partía a la búsqueda de la quietud. La quietud, intuyo, yo la ubicaba en el centro del torbellino, y hacia allí partía para encontrar paz, tranquilidad. El entusiasmo luego se convertía en intranquilidad por no poder arribar nunca al lugar deseado. Era un permanente murmullo que me perturbaba y por momentos me permitía establecer un vínculo con el Todo. Yo accedía a una forma de conocimiento, de entendimiento, llegaba a la lucidez.

En ese viaje de ida y vuelta, de la realidad de la celda al intento de dominar el caos y luego al punto de partida, yo me hacía yo, me hacía sujeto para mí mismo a través de la escritura. Ese sería, si lo hubiera, el único avance que permite la escritura creativa. En una pequeña sociedad colectivizada a la fuerza, donde todo lo personal era escaso y desdibujado, apenas individualizado, yo trabajaba en defensa del sujeto. Lo hacía tamizando mi relación con la cárcel y con los demás a través de la escritura. No es que entonces lo viera como me lo digo hoy. Yo tenía vaga conciencia de lo que me pasaba. Porque si lo hubiera sabido habría tratado de evitarlo, por temor a salirme de la realidad y no poder regresar.

Para individualizarse como escritor hay que crear la soledad propia. Una soledad consciente de tal, el aislamiento buscado, el cultivo del murmullo interior. El escritor se transforma en observador. Sale de su medio y mira lo que ocurre. Está sin estar. Como paradoja, ese movimiento termina en una indefinición o en una definición débil. El escritor pasa a no ocupar ningún sitio en la sociedad. El feroz individualismo del escritor, un sujeto que cree que tiene algo para decir a los demás, en la intimidad acaba con una personalidad indecisa y hasta indefinida. Por quererlo todo debe atenderlo todo. Al final se le impone la consideración de los más tenues matices, la atención a diferentes puntos de vista. La variedad infinita del lenguaje lo deja donde no quería, en la incapacidad de comunicarse con seguridad. El conocimiento de la lengua acaba llevándolo al descreimiento en la palabra. Sabe que hay más seguridad en cualquier fe, hasta la más primitiva, que en la palabra. Y como él cree que el individuo está en la palabra, entonces en quien menos puede confiar es en sí mismo.

Me gusta decir que todo lo que escribí es resultado del viaje a los límites de la lengua. Sé que no es cierto, pero, por lo menos para mí, algo de verdad tiene esa afirmación. Yo no sería escritor sin aquella experiencia que una y otra vez trato de relatar y nunca consigo. Porque eso es la literatura, una sucesión de intentos siempre fracasados. En

cada intento el otro, la voz que cuenta, se hace, es, adquiere presencia en el mundo. Eso es la creación literaria : la afirmación de la existencia mediante el acto de la escritura.

La escritura creativa es más un modo de reflexión que un hecho artístico. La escritura es la busca de un conocimiento que conduzca a la liberación. Esa busca no concede libertad sino que lanza al individuo a la reflexión sin tregua, de un asunto a otro asunto que debe contener y a la vez estar contenido en el anterior. Es la persecución de un conocimiento que nunca se dejará atrapar. Promesa de libertad que se transforma en obligación, en disciplina.